

le concedió; con que prorrumpió en este disparate:

Yace entre estas dos losazas

Conejo, no yace tal,

Pues que le hizo inmortal

Fray Gerundio de Campazas:

Caminante, cuando cazas,

No hallarás vivir mas guapo,

Que este sitio, en que te atrapo;

Pues con cualquier perro viejo

Cojerás aquí un conejo,

Y en el púlpito un gazapo.

Los dos monjes conocieron bien la insulsez de la décima, llena de ripio, y sin más sal que un equivoquillo ridículo que no tenia substancia; pero los demás, que no hilaban tan delgado ni entendian ni atendian más que al sonsonete, la levantaron sobre las nubes, y le hicieron sacar incontinenti muchos traslados para repartirlos por toda la redonda: conviniendo todos, que el licenciado era tan buen poeta como Fray Gerundio buen predicador. Con esto se retiraron los padres á dormir la siesta; y después de ella sucedió lo que vamos á decir en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VIII.

SALENSE Á PASEAR LOS CUATRO RELIGIOSOS,
Y EL PADRE ABAD, EN TONO DE CONVERSACION, DA Á FRAY GERUNDIO
ADMIRABLE DOCTRINA.

DORMIDA la siesta, tomado un polvo, rezadas Vísperas y Completas, y adelante un poco la tarde, que estaba muy apacible, dijo el padre abad á Fray Blas y Fray Gerundio, que si gustaban salir á espaciarse un poco al campo. Aceptaron gustosos el convite los dos amigos, y se salieron á pasear en compañía de los dos monjes. Apénas salieron fuera del lugar, (y no tuvieron mucho que andar para eso), cuando impaciente ya Fray Blas, preguntó al padre abad: ¿Qué le pareció á V. Reverendísima el sermón de esta mañana? ¿No fué un asombro? En su línea, respondió el Reverendísimo, es de lo singular y de lo precioso que tengo oido. A tal tiempo se incorporó con la tropa el comisario, que venia con alguna aceleracion á cortejarlos, no habiéndolos encontrado en casa del licenciado Flechilla. Era su traje de paseo, becoquin mocho, sombrero nuevo de castor, alzacuello con su esclavina, sobre-ropa con alamares, baston con puño de plata, y buen recado de borla: en fin parecía un arcediano. Después de los cumpli-

dos ordinarios, se prosiguió la conversacion entablada, porque Fray Blas repitió la misma pregunta, y el padre abad le dió la misma respuesta.

No esperaba yo ménos de la profunda sabiduría de V. Reverendísima, dijo el comisario; malo es, que á mí me dé golpe un sermón, un libro, una obra, sea de la facultad y de la especie que fuere, que lo mismo mismísimo ha de parecer á todos los hombres sabios y discretos del mundo. Aquellas exquisitísimas doctrinas, digo noticias, que dijo el padre Fray Gerundio del origen de los elogios y de las oraciones fúnebres, como tambien de los diferentes ritos con que se han celebrado y celebran las honras de los difuntos, comprobadas todas con testimonios de tanta multitud de autores, ¿no prueban un milagro de lectura, y aun abismo sin suelo de sabiduría?

Bien puede ser, respondió el padre abad, que el reverendísimo padre Fray Gerundio le hubiese costado eso mucho sudor, mucho aceite y mucho tiempo; porque como todavía es jóven, no puede tener grande noticia de los autores que tratan á propósito varios asuntos. Dionisio Halicarnaseo, célebre historiador, y uno de los mayores críticos de la antigüedad, tiene una bella, elegante y muy erudita disertacion sobre esta única materia, intitulada *de origine et vario ritu funerandi*. Allí se encuentra todo cuanto dijo Fray Gerundio, y mucho más. En esta especie de escritos filológicos, dicen los críticos, que están puestas en su lugar todas las noticias; pero en los sermones las tienen por impertinentes, y por una pueril vanidad de ostentar erudicion fuera de tiempo; á lo más, permiten que se apunten muy de paso,

huyendo de recalcar en ellas. Y solo refiero lo que los críticos dicen, pero sin tomar partido; porque no es mi ánimo defraudar un punto el concepto que se merece el padre Fray Gerundio.

¡Oh, padre reverendísimo! replicó el comisario, los críticos son extraña gente: dudar todo, impugnarlo todo, negarlo todo, y cádate que soy crítico. ¿Hay manía más graciosa, como negar que Judas se crió desde niño en casa de Pilatos: que le sirvió de jardinero ó de hortelano: que después mató á su padre sin conocerle, porque quiso llevarse unas peras de la huerta: que al cabo se casó con su misma madre sin saber que lo era, y que á ésta tambien le quitó la vida por no sé qué niñería; y que viéndose viudo, se quiso meter fraile; pero no habiéndole querido en ninguna religion monacal ni mendicante, por fin y postre se metió Apóstol, y vendió á su Maestro, y se ahorcó de un moral muy alto, estando tres dias colgando de él sin poder morir, por más diligencias que hizo, hasta que en el mismo punto que Cristo resucitó, se rompió el cordel, y cayó precipitado sobre una piedra, ó guijarro puntiagudo que le abrió las entrañas, y le sacó los intestinos? Noticias todas tan ciertas, tan auténticas y tan indubitables, como que están escritas é impresas por un varón pio, docto, religioso, en un libro de título muy retumbante. Y en medio de eso, los críticos, no solamente lo niegan, sino que hacen grandísima chacota del que las escribe, y no ménos de los que las leen. No haga caso V. Reverendísima de los críticos, y déjelos decir hasta que se cansen.

Soy de esa opinion, dijo el sócio del abad algo so-

carronamente. Los críticos vienen á turbarnos de la quieta y pacífica posesion en que estábamos de creer buenamente mil y quinientas cosas, sin perjuicio de tercero, y pues ellos no hacen caso de un título tan justo como el de la posesion, tambien es puesto en razon que nosotros no hagamos caso de ellos. La erudicion sirve de adorno en los sermones, y los Santos Padres no la desprecian cuando la tienen á mano.

Por lo ménos, interrumpió el padre abad, no la usa San Jerónimo. San Gregorio Nacianzeno, en las oraciones fúnebres que pronunció, y en la muerte de su grande amigo San Basilio, y en la de su padre que se llamaba tambien *Gregorio*, ya en la de su hermana Santa Jerónima; ni San Gregorio Niceno en las que predicó en las honras de las emperatrices Plácida y Pulqueria; ni San Ambrosio en las que dijo en el colegio del Emperador Teodosio el grande, se cansaron en gastar esa especie de erudicion. Mucho peso, mucha solidez, mucha piedad, mucha elocuencia, mucho ingenio y mucha ternura, eso sí; pero erudicion ni mucha ni poca, y en verdad que los tres Santos eran muy leídos.

A eso, padre maestro, dijo el sócio, se me ofrece una grande disparidad: esos santos predicaban las honras de otros santos, y por lo ménos de unos emperadores, que aunque no estaban canonizados, compitieron en lo heróico sus virtudes cristianas, con las políticas y con las militares.

Todos estos grandes objetos estaban tan llenos de nobles materiales, que era inútil el adorno, y odiosa la invencion, cuando sin ésta y sin aquél, no tenía

tiempo el orador ni para apuntar, quanto más para explayarse en dar al auditorio un claro conocimiento de sus héroes.

Nuestro Reverendísimo Fray Gerundio no tuvo por objeto de su oracion á ningun San Basilio, ni á ningun Emperador Teodosio. El señor Escribano (que Dios haya) sería muy buen Cristiano; pero sus virtudes no hicieron ruido. Comulgaba una vez al año con mucha devocion: oía Misa los dias de fiesta, y ganaba con su oficio todo quanto podia. No venció tiranos, ni ganó batallas, ni conquistó provincias, ni defendió la Religion. En fin, no sabemos que sobresaliese en alguna de aquellas virtudes morales ó prendas naturales, que tal vez se reputan por asuntos de elogios fúnebres. Bien ve V. Reverendísima, que á un hombre así, esto es, de vida comun, y por ventura no muy ejemplar, ha de gastar por lo ménos una hora en celebrarle: es menester arte, inventiva y forrajear mucho en la erudicion para llenar el tiempo y para divertir la curiosidad del auditorio, ya que no se pueda decir cosa que edifique demasiadamente.

Admirable réplica! exclamó Fray Blas. No tiene respuesta el argumento, dijo el comisario. Quitómele de la boca, dijo Fray Gerundio. Sosiéguese ustedes, replicó el padre Abad, que yo veré si puedo responder á él, pero me han de oír con paciencia.

No tiene duda que las oraciones fúnebres se inventaron en el mundo, para celebrar los claros varones, alentando á los vivos en las heróicas virtudes que practicaron en beneficio de la patria y de la república; eso de que los atenienses practicaron esa loable costumbre los primeros, como lo afirmó Fray Ge-

rundio, es muy dudoso y seguido de muy pocos. Lo más que se les concede, es la invención de ciertos juegos ecuestres, que en honor de los difuntos esclarecidos, practicaban sus amigos y parientes como lo hizo Aquiles con Patroclo, y mucho tiempo ántes Hércules con Pelope.

Lo que no admite duda es, que la primera oracion fúnebre que se lee en la antigüedad, es la de Marco Bruto, pronunciada por Ciceron, diez y seis años ántes de las que se leen de los griegos, celebrando las memorias de los que murieron en la famosa batalla de Maraton; y por el mismo tiempo, poco más ó ménos, tuvieron principio los epitafios ó elogios sepulcrales de los difuntos, dando noticia sucinta de las principales acciones de su vida, ó de los dictados más visibles que les adornaron, como el de Anigio Probrino, cinco veces cónsul, cuestor y candidato, á su madre Anigiria Falconia Proba, mujer de un cónsul, hija de otro, y madre de dos; pero sobre ser esta una cuestion inútil, fácilmente podemos conciliar las dos opiniones encontradas, diciendo que los griegos fueron los primeros que inventaron los elogios fúnebres, dedicándoles precisa y únicamente á los que morian con las armas en la mano en defensa de la patria; y los romanos fueron los primeros que los extendieron á todos los difuntos que en cualquiera línea hubieran sido beneméritos de la República ó del Estado. Aquellos los limitaron á las virtudes militares; éstos se extendieron á todas las virtudes.

Hasta que la Iglesia comenzó á gozar alguna paz permanente, hácia los principios del cuarto siglo, no se introdujo ni pudo introducirse esta costumbre en-

tre los cristianos. Las primeras oraciones completas que tenemos que merecen este nombre, son las de San Gregorio Nazianceno, que murió el año de 391. Es cierto que ni entonces ni muchos siglos despues se permitió en la Iglesia de Dios este género de elogios públicos, pronunciados en el templo á vista de todo el pueblo, sino en la muerte de sugetos esclarecidos, notoriamente recomendables por su eminente virtud ó por sus grandes servicios en obsequio de la República y Religion. Despues la lisonja, la vanidad, y la condescendencia, ayudadas de la calamidad de los tiempos, introdujeron el intolerable abuso de celebrar magnificas exequias con oraciones fúnebres á todos los difuntos que dejaban conveniencias para costearlas. Tuvo principio esta corruptela en el siglo XI, cuando se comenzó á relajar la disciplina, y las revoluciones del Imperio abrigaron la simonia, la violencia y la ignorancia. Pues se hallan en aquel siglo y los dos siguientes algunos panegíricos póstumos de sugetos, no solamente escandalosos y perversos, sino de hombres verdaderamente facinerosos.

Para formar estos elogios, claro está que era menester una de tres cosas, ó fingir descaradamente las virtudes que no tuvieron, ó ponderar las que debian tener, ó sacar al teatro con nombre de virtudes, los más vergonzosos vicios; echándoles una capa que les diese otra apariencia. Entónces fué cuando se comenzó á torcer en los púlpitos el verdadero significado de aquellos grandiosos nombres: *Magnanimidad, bizarría, intrepidez, generosidad, gran corazon, política, prudencia, teson, animosidad, heroismo, etc.* Contagio ó trastornamiento, que derivándose de siglo

en siglo, hasta nuestros tiempos, apenas nos dejó en los celebrados héroes más que unos verdaderos tiranos, ladrones, usurpadores, falaces, astutos, pérfidos, ambiciosos, atrevidos, temerarios y descarados mofadores de todo el género humano.

Apoderada de los pueblos y de las naciones, esta piadosa intencion, más ó ménos se ha conservado en toda la cristiandad. Es verdad que en nuestra España es muy rara la provincia y aún pueblo donde se permitan sermones de honras, que no sean á sugetos de virtud sobresaliente; sobre lo cual se han tomado varias providencias, así en algunos Concilios provinciales, como en diferentes sínodos diocesanos. Si hay algun gremio ó comunidad donde constantemente se observe esta demostracion con todos los individuos difuntos, es por la justa presuncion que funda el mismo hecho de haber sido de tal comunidad ó de tal gremio, de que el difunto necesariamente sobresalió en alguna virtud, prenda ó talento recomendable. Algunos son de opinion, que cuando estas prendas no salen de la esfera de puramente morales ó intelectuales, tampoco debieran salir los elogios de los sugetos que las poseyeron, de aquellas piezas donde las comunidades ó gremios sabios celebran sus juntas ó sus ejercicios literarios. Así se observaba en las dos academias de las ciencias y de las bellas letras de Paris: los nobles elogios públicos que se consagraron á la memoria de los miembros de ellas que murieron, se encierran siempre dentro de las paredes de los académicos museos, y hacen una preciosa parte de sus utilísimos ejercicios. El púlpito y los templos parece que solo debieran reservarse para

elogiar aquellas virtudes verdaderas, que sin volver siquiera los ojos hácia la vana inmortalidad de los hombres, miran derechamente á la eterna felicidad. Los que son de este sentir, juzgan que es profanarlos el dedicarlos á otra cosa. Yo prescindo de esta opinion, porque mi dictámen no hace falta ni para defenderla ni para impugnarla.

Hace bien V. Reverendísima, interrumpió el comisario, porque si llevara la contraria, nos habian de oír los sordos. Yo tengo en mi poder el sermón que se predicó en las honras de un primo mio catedrático, y aunque no fué negocio de que la gente anduviese á cachetes por sus reliquias; pero en fin el orador, que tampoco es ménos que un catedrático de prima, le compara á Salomon; y en verdad que pienso dejarle á mis sobrinos, como alhaja la más preciosa de mi herencia, mandando expresamente en el testamento, que le archiven entre los papeles más importantes de la familia, y aún no estoy ageno de hacer á mi costa otra impresion, si pinta bien la venta de carneros: pero prosiga V. Reverendísima porque le oimos con gusto.

Digo, pues, continuó el padre, que aún tolerada en algunas partes la costumbre de predicar sermones de honras á los que en vida no tuvieron las costumbres más arregladas, pero se hicieron recomendables por otras prendas naturales, dignas de estimacion, parece á muchos hombres discretos (cuyo dictámen no me atrevo á reprobar) que están en ellos muy fuera de su lugar las noticias cruditas, gastadas, como se dice, á pasto y muy de intento, especialmente aquellas que se toman de los funerales del paganismo.

¿Pues cómo se ha de bandear el pobre orador sin este socorro? preguntó Fray Blas. Yo se lo diré á V. Paternidad, respondió el padre abad.

Como se bandeó San Gregorio Nazianceno en su admirable oracion fúnebre predicada en las honras de San Basilio, cuando llegó á tratar de su casi universal pericia en todas las ciencias. Ya vé V. Paternidad que esto pertenece puramente á las prendas intelectuales y naturales; pues sin distraerse el Santo á noticias impertinentes, ni hacer ostencion de alusiones importunas, haciendo una noble descripcion de las ciencias que poseía con perfeccion el gran Basilio, insinuando al mismo tiempo con artificioso disimulo una admirable instruccion, para que los oyentes aprendiesen el modo de poseerlas, sin descuidarse de enseñarlas como habian de usar de ellas con utilidad. Contentóme mucho este hermoso trozo de la oracion aún leído en la version latina, que sin duda perdería no poco de su elegancia original de la lengua griega. Tradújele en castellano, y aún le tomé de memoria, por si acaso se me ofrecia alguna vez aprovecharme de él; y á fé que han de tener ustedes la paciencia de oírmele, porque no les ha de disgustar.

«¿Qué ciencia, qué facultad hubo en que Basilio no
«estuviese muy versado, y tan versado como si se
«hubiera dedicado á ella sola? De tal manera las
«poseyó todas, que jamás hubo quién las poseyese con
«igual perfeccion; y con tanta eminencia se hizo dueño
«de cada una, que parecia ignoraba todas las demás.
«¿Y eso por qué? Porque á un ingenio tan sutil como
«elevado, añadía una aplicacion tan continua como la-
«boriosa; medio único para adquirir el imperio sobre

« las ciencias y las artes. Su ingenio pronto, rápido y
« penetrativo hacia al parecer ocioso su estudio infati-
« gable; y á la vista de su continuo estudio, parecia
« inútil la rápida perspicacia de su ingenio. Sin em-
« bargo, juntó la una con la otra con tanto empeño
« que dejó neutral la admiracion sin saber á cual de
« las dos partes se debia aplicar más; si á la ele-
« vada viveza de su ingenio ó al teson incansable de
« su estudio. ¿Quién pudo competir con Basilio en
« la retórica, aquella divina arte que en todo respira
« fuego? Superior á todos los retóricos más célebres
« en el inimitable uso de los preceptos, pero muy de-
« semejante de ellos en las costumbres. ¿Quién le ex-
« cedió en la gramática, aquella arte de hablar cor-
« rectamente, que forma y pule la lengua para el grie-
« go más castizo, aquella que recoge la historia,
« preside en la poesía, y como suprema legisladora,
« publica é intima leyes para el metro? ¿Quién en la
« filosofía? Verdaderamente ciencia sublime, que se
« eleva á lo más alto de la naturaleza, ya se considere
« aquella noble parte suya que se dedica á la práctica
« y experimental indagacion de las causas que produ-
« cen los efectos naturales, ya se entienda aquella
« otra que se entrega toda á la especulacion en las
« disputas, sutilezas y argumentos lógicos, que co-
« munmente se conocen con el nombre de *dialéctica*.
« En ella sobresalió tanto Basilio, que si alguna vez le
« empeñaba tanto la necesidad en la disputa, su ar-
« gumento no tenia solucion, y era más fácil al ad-
« versario burlarse del más intrincado laberinto, que
« de embarazarse en la réplica. Por lo que toca á la
« astronomía, geometría y aritmética, se contentó

« con saber lo que faltaba, para que los peritos en estas facultades le mirasen y le oyesen con respeto; « lo demás lo consideró como inútil á la profesion de « un sabio y sério religioso, que en sus estudios busca el provecho y no la curiosidad; de manera « que tanto se admiraba en Basilio lo que no quiso « estudiar, como lo que escogió para aprender. »

Aquí tienen Vds. un elogio limitado, precisamente á prendas y virtudes naturales, que á un mismo tiempo deleita é instruye, persuade y mueve sin el fárrago de erudicion ó de noticias triviales, que un predicador de los que se usan fácilmente embutiria en los varios puntos que toca San Gregorio Nazianceno: un elogio que no rozándose apenas con las virtudes cristianas, no obstante se pronunció dignamente en el púlpito más grave, á vista del auditorio más autorizado y más sério. Pues ¿quién quita, que á imitacion de éste se formen otros muchos, cuando en los sujetos, cuyos funerales se celebran, no hay que alabar sino prendas naturales ó virtudes puramente morales, que aunque no son mérito para la vida eterna, son imitables por útiles á la sociedad civil?

Y si aún eso no se halla en el difunto (dijo Fray Gerundio con algun sacudimiento y retintin, como quién se habia visto en ese caso); ¿de qué ha de echar mano el predicador? Penetro, padre Fray Gerundio, dijo el padre Abad, todo el énfasis de la pregunta, que no es tan inocente como parece: confieso á V. Paternidad que mi primo el escribano no fué canonizable ni se hizo muy visible por otros talentos de la línea natural que logran alguna recomendacion entre los hombres; por eso tuve lástima del orador

que habia de predicar sus honras luego que me avisaron de su última disposicion, y aún él mismo se hizo cargo de la dificultad, cuando por conocerla, dejó limosna tan cuantiosa al predicador, atento al apuro en que se habia de ver para encontrar en él algo digno de alabarse. Pero digo, que aunque en este aprieto háy en la retórica ciertos lugares comunes, y todos graves, ¿de qué puede y debe echar mano el orador para fundar su panegírico fúnebre, sin dispendio del tiempo, sin perder respeto al púlpito, y con utilidad del auditorio? ¿Y qué lugares son esos, padre reverendísimo? preguntó Fray Gerundio. Yo se lo diré á V. Paternidad, respondió el padre Abad.

Los que llaman *de la persona*, y se pueden reducir á cuatro capítulos; á las prendas del cuerpo; á las del alma; á la nobleza y méritos de sus antepasados, y al oficio, empleo ó ministerio que ejerció el difunto cuando vivo. En el cuerpo se puede considerar la proporcion, gentileza, simetria ó hermosura, la agilidad, la robustez, la fortaleza, etc. En el alma, el entendimiento, la penetracion, el juicio, la prudencia, etc. En la nobleza ó méritos de sus antepasados, todas las hazañas que les hicieron recomendables. En el oficio ó empleo, la superioridad, la exactitud, la aplicacion, los medios, los fines, la utilidad. Pues qué, interrumpió Fray Blas, también se ha de hacer asunto en el púlpito, de que el difunto no hubiese sido corcobado y contrahecho; sino galan y bien puesto, parándonos en sí fué ágil, pesado, torpe ó industrioso, buen ginete ó mal ginete; ¡Valiente impertinencia!

Allá vá esa mosca, dijo el comisario, dando un respaldado. Yo me sacudiré de ella con serenidad, respondió el padre Abad.

Sí, padre Fray Blas, cuando no hay otra cosa de que echar mano, puede el orador valerse de las prendas corporales, con tal que lo haga con la debida gravedad, circunspeccion y decencia. ¿No se celebran en la Escritura las fuerzas corporales de Sanson? ¿No se celebran los cabellos de Absalon? ¿No se aplaude la agilidad de Saúl y su destreza en el manejo del arco? ¿No se ensalza el primor con que David heria las cuerdas del arpa? Y ¿cuántas veces habrá celebrado Vuestra Paternidad en sus sermones, la hermosura exterior de Cristo, y habrá hecho algunas pinturas ó descripciones de la singular belleza de la Santísima Virgen? Y del juicio que supongo á Vuestra Paternidad, no quiero creer que sus descripciones ó pinturillas habian sido tan profanas, tan escandalosas, tan sacrílegas como las que he oido yo más de cuatro veces á muchos predicadores, que en lugar de pintar á la Reina de las Vírgenes y Madre de pureza, parece que hacian el retrato de una Elena incendiaria, ó de una Venus provocativa. *Cavendum est, (dice á este intento una pluma igualmente celosa que elegante) ab ineptiis eorum, qui in laude gravis personæ ut Beatæ Virginis, erranti stilo, lasciviæ speciem aliquam Elenæ formare nituntur.*

¿Qué cosa al parecer más indiferente, que la agilidad y destreza en el ejercicio de la caza? Con todo esto, se alaba mucho en las historias de varios príncipes que fueron eminentes en este ejercicio, inclinándose á él con moderacion, y con provecho y pa-

satiempo, sin declinar en el extremo de una passion desordenada y viciosa. Tales fueron Mitridates, Adriano, Carlo-Magno, Henrico I y Alberto emperadores, los tres últimos de Alemania. Nicetas exalta con los mayores elogios á la emperatriz de Constantinopla Eufrosina, mujer del emperador Alejo Angelo, porque en la intrepidez y destreza en la caza de cetrería, no solo igualaba sino que excedia á los más hábiles cazadores de su tiempo. Ni en los nuestros nos faltan ejemplares de augustísimas princesas, que no dan muestras menores de su pericia y de su valor en el bosque, que de su penetracion y de su profunda política en el gabinete; tan felices en el acierto de la escopeta, como diestras en la puntería de los negocios: lo que se aplaude en la historia, ¿por qué no se podrá elogiar dignamente en el púlpito?

Dije dignamente, y lo dije con reflexion, porque para que se hagan decente lugar en la cátedra del Espíritu Santo estas prendas naturales, siempre es menester elevarlas á motivos superiores, insinuando que aquellos que las poseyeron ó las enderezaron, ó debieron enderezarlas á fines útiles para la religion, ó cuando ménos al Estado. Un orador medianamente diestro, puede instruir fácilmente con arte á su auditorio, en los medios de elevar á fines de superior orden, las acciones más regulares y más indiferentes. No salgamos del ejercicio de la caza. Quien quita ponderar la oportuna ocasion que ofrece la soledad para el recogimiento; y varios objetos indiferentes del cuerpo para levantar el corazón á Dios; la velocidad, el furor, la astucia, y aun las valentías de las mismas fieras para mil reflexiones conducentes á la utilidad